

Retorno a casa

JOSEP OTÓN

Somos hijos de un arameo errante (Dt 26, 5). El patriarca **Abraham**, caminando en fe, abandonó la casa de su familia en Ur de los caldeos y se dirigió a Canaán (Gn 11, 31). Salió sin saber a dónde iba, renunció a la seguridad del legado que le correspondía para peregrinar a una tierra extraña, al lugar que había de recibir en herencia (Hb 11, 8-9). Hoy el Papa **Francisco**, descendiente y heredero del legado del patriarca, emprende un viaje de regreso a casa, al hogar de sus antepasados en la fe. Pero es una visita complicada. Los hijos de Abraham -judíos, cristianos y musulmanes- están divididos y enfrentados. Como en tantas familias, se pelean por la herencia.

La Biblia sitúa en Irak, la antigua Mesopotamia, el paraíso terrenal. Un vergel regado por los ríos Tigris y Éufrates (Gn 2, 14-15). Poco queda de aquel idílico jardín. La aridez del desierto y las secuelas de tantas guerras han dado al traste con la providencial abundancia del lugar. Dice el relato del Génesis que un uso inapropiado de los frutos de la tierra puso fin a la exuberancia del Edén. Hoy sabemos que lo que nos narra poéticamente este texto tan antiguo es una consabida verdad. La ambición humana por apropiarse del petróleo ha traído la desgracia a este territorio. El oro negro, en vez de generar prosperidad, ha acarreado un sinfín de guerras y conflictos. El Papa Francisco sigue los pasos de Abraham en sentido inverso, pero le impulsa el mismo coraje: creer lo que parece increíble. Ojalá (en árabe: Dios lo quiere) esta visita sirva de bálsamo para cicatrizar heridas tan antiguas y la presencia del Papa peregrino en una tierra donde el cristianismo es minoritario contribuya a la reconciliación entre **Caín y Abel, Isaac e Ismael, Jacob y Esaú, José y Judá.** *

